

nos: había en Veturia y en el hijo de Veturia dos religiones, las cuales debemos estudiar y comprender, pues sin ellas el alma que historiamos quedaría como enigma indescifrable á nuestros ojos. Anidaba en Veturia la religión de Roma y en Coriolano la religión de Veturia. Pero uno y otro sentimiento, movidos por fe vivísima y esperanzas ardorosas, tenían caracteres y sellos verdaderamente aristocráticos.

Necesitase haber nacido en estas clases para comprender y adivinar sus capitales supersticiones. En ellas hay un odio tan vivo á los que ven por arriba como á los que ven por abajo de sus privilegios. Todo verdadero noble aborrece lo mismo al pueblo que al monarca, en cuanto el uno limita con sus propias facultades y el otro con sus peculiares derechos las prerrogativas nobiliarias. Así la mayoría de los viejos aristócratas romanos combatían por igual tanto las pretensiones del pueblo como las pretensiones del monarca. Como enemigos de los reyes serán republicanos, pero como enemigos de los plebeyos tomarán su carácter distintivo, serán nobles. Se necesita sentir como siente un patricio sus privilegios para comprender todas las ideas impulsivas de los personajes que vamos describiendo. Habiendo en la Roma recién fundada por los nobles, con exclusión de los

reyes, un aristócrata presenciado impasible la muerte de sus hijos después de haberlos azotado con varas, nada tan propio y natural de los tiempos y de los pueblos aquellos como que una matrona creyese Roma y su república divinidades merecedoras del sacrificio en sus aras de un hijo tan amado como amante. Pero este hijo, á quien la pasión por su madre impulsaba con soberano impulso en los actos más heroicos, no se creía digno de la sangre recibida y heredada por sus venas patricias, sino después de haber alcanzado todas las magistraturas ejercidas por sus inmortales abuelos. Premiado, en su niñez casi, con la corona de encina, conquistador de ciudades enemigas en su mocedad, honrado con aquella increíble presencia en el combate último contra los Tarquinos á su primera edad, soñaba ya con subir y subir más en la expansión de un ánimo embargado por grandes y sublimes aspiraciones á lo alto. Soldado, general, senador, bien merecía ser cónsul. Y así lo esperaba de sus propios méritos que debían abrirle, como con áurea clave, el corazón de los senadores para que lo propusieran, y el corazón de los plebeyos para que lo votaran. Pero los tiempos en que, por la madurez de la vida, Coriolano aspiraba, según sus ambiciones, al supremo imperio civil y político, no podían compararse con los tiempos en que

Coriolano combatía terriblemente á los reyes bajo las enseñas juntas del pueblo y del Senado. En el período primero de su vida, senadores y plebeyos estaban unidos para la obra de contrastar la reacción monárquica y combatir á los reaccionarios en pro de la república. Formaban las dos clases por entonces un solo cuerpo vivificado por un solo espíritu. Con tal de no ver el rey en las cumbres del Palatino, pasaban por todo aquellos enemigos implacables de la monarquía; pero cuando Roma conjura los amagos de una terrible reacción monárquica, cuando la sombra de Tarquino se desvanece, cuando el gobierno republicano queda fuera de todo litigio, la división estalla y los patricios y los plebeyos se hacen mutuamente unos á otros entre sí larga é implacable guerra.

Roma tenía un factor absorbente, ó sea el patricio, y un factor expansivo y libre, ó sea el plebeyo. Toda la historia romana, sus más ligeros accidentes explícense por esta ley suprema. En su configuración hay dos colinas, sendos troncos de las ideas llamadas á dividir su vida. La palatina resulta el templo de los patricios, mientras la aventina tribuna de los plebeyos. En sus orígenes hay dos pueblos, el etrusco, triste, sombrío, sacerdotal, dado á los sacrificios cruentos, y que al consagrar la propiedad con sello del cielo, y al buscar en los

augurios un auspicio para proteger las aristocracias y un amuleto para esclavizar á los pueblos, funda una de las más altas instituciones romanas; y los latinos, pastores como lo fueran sus padres en Arcadia, y poetas que, al sembrar el trigo, le rocían y le fecundan como la vieja Grecia, de donde se derivan y provienen á una, con alegres suaves cánticos. En los tiempos primitivos de Roma y en las primeras personalidades históricas brotan estos dos elementos también, el Marte griego forzando á la Vesta oriental, que hasta entonces se había mantenido virgen, sin admitir en su seno el espíritu ni el genio de ningún pueblo, el Marte griego, uniéndose á la Vesta oriental, engendra á Rómulo, hijo de patricios y plebeyos. La ciudad se levanta sobre igual ritmo. En su cima el templo donde residen los sacerdotes, á sus pies el guerrero que ha de glorificar y extender el espíritu romano por toda la tierra. Patricios y plebeyos entre sus reyes, porque patricio fué Numa y plebeyo Servio. Y lo mismo sucede con sus hermosos símbolos. La aristocracia tiene su Lucrecia, la plebe su Virginia. Y esta ley también alcanza en su implacable universalidad á las letras, porque hay autores cómicos patricios como el libertino Terencio, y autores cómicos plebeyos como Plauto. La raza será toda pelásgica, pero los pelásgolatinos y los pelásgoetruscos forman dos bien diver-

sas y bien contradictorias familias. El plebeyo y el noble, tales son los dos elementos de que Roma se compone. Á la verdad, no conozco en el mundo ciudad ninguna tan fundada en una síntesis viva como esta Ciudad Eterna. De las antítesis entre sus dos elementos resulta la síntesis suprema. El Oriente y el Occidente, la Grecia y el Asia, la democracia y la nobleza se combaten allí; pero combatiéndose con tanto furor se comunican, y comunicándose con tanta frecuencia se completan. En ninguna historia de los varios pueblos puede apreciarse como aquí, en la historia romana, cuánto las antinomias sociales propenden á componer superiores armonías. El combate mortal entre nobles y plebeyos, lejos de acabar con Roma, como tantas veces creyeron angustiados muchos patriotas, les prestó aquel firme carácter á cuya fuerza y eficacia debió la Ciudad Eterna su duración en el tiempo y su poder, que podríamos llamar inmanente, pues ha llegado hasta nosotros mismos sobre la humanidad y sobre la tierra. Como en el universo, de fuerzas contrarias y en batalla continua provenía su maravilloso equilibrio. No conozco, pues, ciudad alguna tan duradera, porque no hay ciudad alguna tan armoniosa y sintética.

Roma está fundada sobre la familia. Su Estado es un hogar inmenso. El padre allí reina despóti-

camente. La enorme lanza, ya lo hemos dicho, verdadero cetro, le confiere la facultad omnímota de legislar. La piedra de los dioses lares y el sepulcro de los abuelos muertos le sirven como de altar para ejercer el sacerdocio. Bajo ambos altares se dilata la institución de sus instituciones, la propiedad consagrada por el dios de sus dioses, por el dios Término. Así los mandatos privadísimos del patricio toman fuerza de leyes públicas, pues la mujer, á quien ha partido la cabellera con su lanza y ha hecho penetrar en el domicilio conyugal sin tocar con los pies en los dinteles, y los hijos todos, á quienes bajo su patria potestad somete, se absorben á una en su orgullosa y autoritaria personalidad. Para mejor verla se necesitaría resucitarla y recomponerla por medio de los innumerables fragmentos suyos que á los pies nuestros ha depositado el tiempo. Pero baste decir que en ella se absorben, en esa personalidad romana superior, los dioses penates, los hijos y la mujer propios, los clientes llegados todos los días á la puerta para recoger en la espórtula el mendrugo, y los esclavos, menos, mucho menos que las bestias. Así toman los patricios caracteres divinos. El fuego celeste los circunda y no los abrasa. Serpientes simbólicas se arrastran á sus pies. El nombre de sus genealogías y el título de su nobleza se guarda en libros sibílicos

Los oráculos hablan á su dictado. Las ninfas toman formas bellísimas encarnando su santa inspiración. Encerradas las leyes en símbolos misteriosísimos, á él, á él, sacerdote, le toca su explicación. Para seguir un pleito, para iniciar un proceso fuerza es conocer las fórmulas de jurisprudencia, y para la descifración de tales intrincados jeroglíficos fuerza recurrir al patricio. Bruto, silencioso bajo los reyes, austero en su hogar doméstico y en su silla cural, cruel para fundar y defender el régimen aristocrático, representa en nuestras ideas y en nuestros recuerdos la severísima imagen del primitivo romano, sin cuya comprensión profunda no podríamos comprender ahora esta severísima Veturia y este colosal Coriolano. La fuerza que tiene tal clase determina en Occidente una reacción hacia Oriente, después aún de haber existido Grecia. La personalidad, á tanta costa formada, el individuo tallado con cincel tan artístico, parecen muy cercanos de precipitarse y hundirse sin remedio en la casta oriental, que de casta tienen los patricios semblante y viso. Pero lo ganado por la humanidad en su larga carrera y en su eterno trabajo no podrá perderse. No retrocederemos después de haber caminado adelante. Los plebeyos opondrán á la idea de casta la idea de igualdad. Tal idea estalló del seno de la cultura romana y

creció por la misma resistencia que le opusiera la nobleza. El pueblo, al salir de la monarquía, salió de manos de los nobles ó aristócratas sacerdotales, mas para caer en manos de los nobles ó aristócratas guerreros. Los dos cónsules parecían dos reyes, las asambleas por centurias una corte. Y el estado social, en vez de mejorarse, habíase agravado por todo extremo. La constitución de la ciudad constreñía los pobres á una guerra perpetua. La guerra perpetua los obligaba también á dejar los hijos y la mujer en manos de aquellos que circuían como clientes. Proveían, en verdad, á la manutención suya, pero en cambio del campillo amovible abandonado por su ausencia y del botín traído de su victoria. Las deudas contraídas con el fin de ocurrir á todos estos males no servían sino para recrudecerlos y agravarlos. Cuando no tenía el pobre plebeyo con qué satisfacerlas, se quedaba reducido casi á la condición de siervo. El noble acreedor le arrancaba del mismo lecho donde yacía postrado bajo la pena de sus heridas. Lo ponía, siquier vacilase y cayese, á caballo. Lo conducía de tal suerte al tribunal. Y en el tribunal atábale con correas las manos y con cadenas los pies; le daba una libra de harina diaria por todo alimento; lo recluía dos meses en oscuro calabozo donde penetraban los ayes de su mujer y de sus

hijos casi muertos de hambre á la puerta, y que al abrirse no daba paso de nuevo al hogar, no, al Tíber siniestro, al mercado de carne humana, donde lo compraban para martirizarlo, y de nuevo venderlo quizás los mismos á quienes humillara y venciera en cien heroicos encuentros. El pueblo, que no podía sufrir este martirio, comprendiendo cómo sin su presencia la sociedad era imposible y que él en aquella Roma patricia era solamente la concentración de todos los deberes, mientras sus tutores la concentración de todos los derechos, se retiró al Monte Sacro y dijo á los orgullosos dominadores que trabajaran ellos las tierras, que defendieran la ciudad, que sumaran el ejército, que ocurrieran á los cambios, que respiraran sin concurso alguno de aquel pueblo á quien oprimían y vejaban en su cuerpo y en su alma con tan duras opresiones y con tan horribles vejámenes como si perteneciese á las especies inferiores uncidas por la fuerza y por la inteligencia del hombre á los arados y á las carrozas, á servicio irremediable perpetuo.

Los patricios tuvieron que correr á pedirles con todo encarecimiento el regreso á la ciudad abandonada por ellos y herida de su triste abandono. Memmio Agripa les pronunció un discurso, último fragmento del lenguaje simbólico, extinguido casi

ya en los labios patricios. Por el Monte Sacro aquella clase social, movida de una sola idea, estaba de pie, no esgrimiendo las armas, enseñando su incontestable utilidad para los mismos de quienes recibían tantos agravios difíciles de devorar por su altivez y soberbia. Los clientes no pedían ya limosna, pedían pactos. No esperaban cosa ninguna del ajeno poder, lo esperaban todo del propio derecho. Esta idea iba surgiendo poco á poco en el alma y esbozándose borrosamente allá en la vida. Para sembrarla, para sostenerla, para contribuir á su prosperidad y progreso pidió el pueblo que frente á los dos cónsules, y en competencia con ellos, pudieran alzarse los tribunos. Estos magistrados tendrán en sus labios la palabra, el eterno Verbo creador, y en su mano la facultad completa de retener y contrariar los acuerdos senatoriales. Con estas dos armas, espiritual una, material otra, les bastaba en su alto sentido y en su firme voluntad para el camino que deben, con tanto trabajo y pena tanta, hollar. Pero en ese primer pacto acaso descansan todavía hoy las constituciones, á cuya grande autoridad fiamos el derecho. Esos retraimientos han revelado á nuestros partidos en lucha viejas prácticas de jurisprudencia y procedimiento necesarias todavía hoy para el gobierno de los pueblos por sí mismos. Aquel pueblo, que hasta la subida sublime al Monte Sacro ha-

bía sido solamente objeto de derecho, comenzó á ser sujeto de derecho. Y elevó un Senado plebeyo frente á frente del Senado patricio. En este Senado plebeyo, que se llamaba comicio por tribus, allegó, no sólo la facultad preciosa de ser sujeto de derecho, la facultad preciosísima de ser causa de derecho. Como los tribunos se irguieron frente á los cónsules, se irguieron los comicios frente á las curias. Así pudieron deshojar los jeroglíficos donde se hallaban encerradas las fórmulas de jurisprudencia y encontrar dentro de ellas el preciadísimo secreto. Así pudieron escribir el derecho. Cuando no hay código alguno estrictamente redactado, en nombre de fórmulas sagradas ó en nombre de tradiciones religiosas, el poderoso aherroja y amordaza completamente al débil. En el derecho escrito comienza la razón de los pueblos, y en el escribir su derecho, siquier fuese duro, muestran los pueblos la existencia y la posesión de su voluntad. Lo primero que hizo el tribuno, en cuanto logró la palabra libre y el veto segurísimo, fué procurarse una ley obligatoria tanto al patriciado como á la democracia y seguro inviolable de su libertad. Entonces nacieron las leyes de las Doce Tablas. La crítica tiene mostrado que no hay nada de griego en tal código; pero la tradición lo ha derivado de Grecia. Instintivamente conocían los demócratas cómo habían

venido de Grecia las ideas indispensables á toda democracia, y pusieron sus leyes bajo el numen y advocación de tal reveladora tierra, siquier no tuviesen esas leyes carácter ninguno griego. En las leyes de las Doce Tablas reina también el eterno antagonismo romano. Los patricios invaden, los plebeyos resisten. La invasión significa fuerza, la resistencia vencimiento. Ya no lucha el patricio por la victoria, lucha por la vida. En las leyes nuevas hay seguridades tomadas por los plebeyos contra los patricios; hay el pensamiento de un derecho nuevo junto al viejo derecho; hay la resistencia de las clases aristocráticas mezclada con el empuje de las clases plebeyas. La inmutabilidad de las leyes, los consejos dados al patricio en pro de su cliente, los severos castigos decretados contra el usurero, muestran cómo el pueblo empuja, mientras la prohibición del matrimonio entre patricios y plebeyos, la pena del talió allí conservada, las admoniciones á quienes canten canciones satíricas contra las altas magistraturas y los graves magistrados prueban cómo resisten los nobles. Pero todavía conseguirá más la plebe, todavía, en este su hercúleo trabajo. El patricio conserva en su mente las fórmulas sagradas del derecho, los medios de proceder en los tribunales. Esas fórmulas misteriosas descendidas del cielo enseñan cómo el sentimiento y la

imaginación dominan en los pueblos primitivos. Pero así que la razón se despierta, sepárase de tanta mitología. Y pide que le digan cómo ha de perfeccionar sus contratos y ha de validar sus derechos. El plebeyo no sabe que para emancipar un hijo, debe dársele una bofetada; no sabe que para recoger las herencias, precisa sonar los dedos; no sabe que para ultimar los contratos, se dan los contratantes las manos derechas; no sabe que para comunicar la terminación de obras en casa nueva, se arroja una piedra enorme al edil, y tiene que acudir á los patricios. Pero en cuanto un plebeyo recoge todas estas fórmulas en su conciencia, las guarda en su memoria, las comunica con claridad al pueblo, se quebranta el patriciado y se inicia la emancipación popular.

No parece una historia este movimiento de oposición radical entre los nobles y los plebeyos; parece una tragedia. Tiene medida y ritmo como los versos antiguos. En sus episodios hay mucho de los episodios del poema. Desde que la plebe se retira en el Monte Sacro hasta que la plebe arranca las Doce Tablas al noble, ó sea desde los tribunos á los decenviros, la historia toma con sus clases contrarias, grandes personalidades colectivas, una poesía muy semejante á la que tienen las personalidades simbólicas en cualquier alegórico drama. Entre

los tribunos y los decenviros, antes de la tragedia en que Virginia, muriendo á la barbarie de Claudio, mata el antiguo patriciado, en el intermedio de ambos triunfos, álzanse Veturia y Coriolano. Por consecuencia, la batalla de los nobles con los patricios adquiere algidez agudísima. Y en tal estado de su ciudad va creciendo aquel noble, no sólo decidido á sustentar los privilegios de su clase y familia, decidido á impeler atrás los adelantos y progresos del pueblo. Su odio degenera en colérico siempre. Y la cólera suya contra los enemigos de su raza, las gentes del partido plebeyo, sólo puede compararse á la cólera suya contra los enemigos de su patria, la gente de Corioles. Así, por todo cuanto de Coriolano sabemos, hallámonos en el caso de recordar con qué funestísimo empeño lleva las calidades propias del guerrero audaz al estado político. Aquellas reconcentradas iras, aquellos súbitos ímpetus, aquel sobrehumano valor que tanto le servían en el campamento para sus empresas militares y al pie de las murallas sitiadas para sus arrestos y sus arrojos, no le servían cosa en los combates políticos, donde se piden la reflexión profunda y la prudencia consumada. Combatir con los plebeyos de casa como combatía con los enemigos de fuera error irreparable le pareció, al cual hubo de perder patria, honra y vida. Quien

ha tomado activa participación en las discordias civiles, bien sabe cuánto apasionan y acaloran el propio credo y la propia bandera, mas también sabe, tras largo y prolijo examen, cómo á la paciencia y á la destreza en todo empeño débense mucho mayores y más venturosos resultados que á la cólera y á la violencia. Dios ha querido en sus designios prestar fuerza y virtud creadoras á la facultad más cercana de su esencia incomunicable, á la razón reveladora, y por eso hasta en las guerras mismas, en sus estrategias indispensables, en sus tácticas, en todo aquello que podríamos llamar su conducción y su procedimiento, predominan las facultades intelectuales sobre las fuerzas materiales. No han sido en la historia militar los primeros aquellos que han luchado á brazo partido con las gentes enemigas y se han arrojado los primeros con furia sobre las líneas ó las murallas contrarias; lo han sido quienes han calculado mejor un plan y dirigido con más frío acierto y exactitud más matemática toda una campaña. Pues bien, Coriolano en la política fué un soldado que asalta los muros, movido por su cólera, en los ardores del combate supremo; no fué aquel generalísimo que madura un formidable plan en el seno de su inteligencia y en el retiro de su estudio. Aquejado de tamaño defecto llegó al extremo de injusticia como se llega

en una pelea vulgar. Un exterminable contrario resultó el pueblo á sus ojos, y no un rival digno de su consideración y de su estima, las cuales no excluyen todos los ardores propios del combate político. En la guerra se requiere un combate á toda costa y un triunfo á toda prisa, mientras en la política reinan principios de derecho á los cuales no puede uno sustraerse. Aunque sea una esfera de la vida muy semejante á la guerra, y en la cual entra por ende menor la justicia que en otras esferas más jurídicas, no la excluye con tanta implacable crueldad como un asedio, como un combate, como las demás competencias entre fuerzas ciegas y violentas. De aquí lo sucedido al valerosísimo militar, el marro de todas sus empresas, rotas contra el exceso de su propia voluntad y entre los tumultos de sus pasiones violentas. Rompiéronse las cuerdas de su corazón por quererlas remontar demasiado. La cabeza suya saltó al estallido de ideas excesivas y á la fulminante apoplejía de pasiones extremas sin freno ninguno en su conciencia y sin medida en su explosión y en su desarrollo.

Vamos á mostrar lo ya dicho. En uno de los conflictos frecuentes entre patricios y plebeyos romanos, el pueblo volvió á mostrar cuánto importaba su presencia en toda sociedad, enseñando con terribles enseñanzas y corrigiendo con correcciones no